

## Confesión de una masculinidad insoportable en *Los años falsos* y *Alexis o el tratado del inútil combate*

Jesús Ugarte Vázquez

*Ser hombre es un lugar de sufrimiento inútil... un muñeco de feria...  
teatro de angustia y de desesperación*  
Günter Grass

Una vez le preguntaron a Josefina Vicens si se sentía identificada con José García, el protagonista de su primer novela, *El libro vacío*. Ella respondió inmediatamente con una afirmación, revelando que todo el acontecer de aquel oficinista estaba ligado de manera especial a su creadora. Luego vendría *Los años falsos*, obra no menos importante, mostrándonos una faceta más de Josefina, en donde el tema de la masculinidad se vuelve más evidente y central dentro de la novela.

Así como Vicens, la gran autora francesa Marguerite Yourcenar tiene como una de sus joyas literarias la novela *Alexis o el tratado del inútil combate*. En ella destacan la lucha de un hombre que no puede vivir más en la mentira de las apariencias, bajo el yugo de la imposición social que representa el matrimonio, el amor y la heterosexualidad. Una obra publicada en la primera mitad del siglo XX, a pesar de la poca apertura que existía al tratar dichos temas. Es una novela epistolar, donde Alexis le confiesa a María, su esposa, las razones que imposibilitan seguir con su matrimonio; el peso que representa la mentira de una personalidad dividida entre un ser abatido por su naturaleza y otro resignado a censurarse.

Estas obras tienen algo en común: el cuestionamiento a las convenciones masculinas y el impacto que estas tienen en la construcción de una identidad. Los personajes hacen una reflexión sobre varios factores que han funcionado como imposiciones implícitas en su vida. No encajan por completo en la visión que se les impone, que se les hace ver esperando que actúen en consecuencia. Muchas de sus actividades disidentes son consideradas por, ellos mismos o por sus congéneres, como atributos femeninos que deben ser señalados para erradicarse.

La exaltación de los valores masculinos tiene su tenebrosa contrapartida en los miedos y las angustias que suscita la femineidad: débiles y principios de debilidad en cuanto que encarnaciones de la vulnerabilidad del honor [...] Todo contribuye así a hacer del ideal imposible de la

virilidad el principio de una inmensa vulnerabilidad.<sup>1</sup>

En *Los años falsos* hay muchos momentos que refuerzan a la perfección esta idea. La relación familiar del protagonista está determinada por la posición del padre como el patriarca que mantiene una dinámica de control sobre las cosas pero, sobre todo, por la manipulación afectiva que está condicionada de tal suerte que, para obtener la atención del padre, es necesario suscribirse a la idea que él tiene de lo que se debe o no hacer. Esta manipulación llega a ser tan fuerte como la necesidad de obtener la aprobación del padre, hasta el punto en que el protagonista pierde su identidad. Su personalidad no es clara, se encuentra difuminada entre sus pensamientos y la suplantación jerárquica que el protagonista asume. Las mujeres, por su parte, participan de estas pautas establecidas por el ideal masculino, llegando a normalizar su falta de atención, de cariño o valoración.

[...] las pobres admitieron inconscientemente que la familia estaba dividida: de un lado, el prepotente y ruidoso mundo de los hombres; del otro, el sumiso y mínimo de las mujeres. [...] cuando las necesité tanto, cuando lo comprendí todo y quise compensarlas de esa infancia desleída y arrinconada a que las sometimos, ya no fue posible.<sup>2</sup>

La novela gira en torno a la figura del padre y demuestra en cada capítulo las repercusiones que ha tenido que afrontar el hijo desde su ausencia. La necesidad de afecto lo lleva a perderse dentro de un laberinto en el que nunca llega a encontrarse. El hecho de que tanto el padre como el hijo se llamen Luis Alfonso crea la carga simbólica de seguir un legado, una serie de principios que ligan las actitudes del padre para reproducirlas y, así, permanecer vigente. La situación que se da en torno a las anécdotas no solo sirve para hacer un recuento de los días en que el hijo tuvo a su padre cerca, sino también para reflexionar sobre su postura ante

<sup>1</sup> Pierre Bourdieu, *La dominación masculina*, p. 39.

<sup>2</sup> Josefina Vicens, *Los años falsos*, p. 148.

una visión que identifica los patrones que lo llevaron a un presente sin él pero que, al mismo tiempo, logra pervivir a través de la resonancia que evoca el hijo como tributo.

Encontrar al padre en los gestos, las posturas, las maneras de hablar pero, sobre todo, en los ojos ajenos que advierten una similitud aceptable entre el hijo y su padre hacen evidente la participación de la sociedad en dinámicas de poder que han sido aceptadas. El sacrificio es muy alto para quien toma la estafeta, pues debe evitar los pensamientos que vayan a contracorriente de los que ya están instaurados en el discurso hegemónico. Bajo esta inflexibilidad, y ante todo lo que el padre representa, la decisión de Luis Alfonso hijo termina por ser aún más severa. Lleva al extremo todo, ya que no puede quitarse a su padre de encima, superándolo dentro de su propia dinámica. Una que está determinada también por los patrones masculinos: la competitividad entre hombres para establecer su posición jerárquica, que en este caso responde a la necesidad del hijo de zafarse del yugo de su padre.

[...] hasta que yo quiera matarte, papá, porque si vives aún es porque yo así lo dispongo, así te lo ordeno. Eso quiero que lo entiendas bien. No soy tu esclavo, soy tu dueño, y puedo quitarte o darte la vida. Soy Dios. [...] Querías que fuera poderoso, pisara fuerte y llegara muy alto, ¿te acuerdas? Pues llegué a una altura que jamás pudiste calcular, ni imaginar siquiera. Soy Dios.<sup>3</sup>

Vicens expone en esta obra una situación importante: la violencia que entre hombres podemos ejercer en aras de asegurar el discurso patriarcal hegemónico. El sufrimiento del hijo da cuenta del proceso doloroso de desarraigarse de su padre, quien es la representación de muchas presiones estructurales que terminan por obstruir su libertad. Una persecución de ideales que no cesan de manifestarse en el ojo público, terminan por hacer más difícil la separación semiótica adoptada. La madre acepta estos patrones de conducta y las hermanas ven con normalidad el protagonismo que tiene su

<sup>3</sup> *Ibid*, pp. 209-210.

hermano, sin saber que también es víctima de esa posición. La autora expone la necesidad de reconocer este sufrimiento como violencia, pero también de contemplar a la familia como un modelo desde donde se perpetúan las relaciones de poder.

[...] la primera víctima del mandato de masculinidad son los hombres: obligados a curvarse al pacto corporativo y a obedecer sus reglas y jerarquías desde que ingresan a la vida en sociedad. Es la familia la que los prepara para esto. La iniciación a la masculinidad es un tránsito violentísimo. Esa violencia va más tarde a reverter al mundo.<sup>4</sup>

La dominación no confiere ningún atributo que ayude a alcanzar la libertad. Ni si quiera logra crear rasgos de personalidad individuales suficientes para formar hombres cuya existencia no esté determinada por modelos aspiracionales. Por el contrario, la dominación, sobre todo en la familia, afecta en primer lugar a los hombres en tanto que estos asumen la violencia del padre como un camino por el cual pueden alcanzar y reafirmar el ideal masculino de superioridad.

Pero también es importante destacar la complacencia de los hombres en este discurso. Y es que se vuelve evidente el desdén con el que se tratan los temas emocionales, es decir, siendo displicentes ante situaciones donde se requiere una reflexión más profunda de las acciones que pueden llegar a afectar al hombre que busca destacar sin importar su integridad, todo para legitimar su pertenencia a una cofradía impuesta. Misma de la que fue víctima Luis Alfonso padre al momento de morir por un disparo de su propia pistola. Un arma que representaba la autoridad, el poder y la convicción de ser congruente con los estándares masculinos. Al momento de agonizar, teniendo a los amigos cerca, sigue siendo importante resguardar el pacto, reafirmar su posición dentro del grupo, morir como hombre.

¿Quién iba a tener en ese momento la frialdad de meditar en las consecuencias de tus reco-

mendaciones? Exigías a tus amigos que prometieran, que juraran, y ellos prometían y juraban en forma atropellada, sincera, vehemente, en un desesperado deseo de tranquilizarte para que pudieras morir en paz. Han cumplido. Me ayudaron. Pueden tener la conciencia tranquila.<sup>5</sup>

El hijo busca el arma de su padre como herencia del dolor, recopilando todos aquellos elementos que lo acerquen más a él. Pero incluso en esos detalles, en esa necesidad de transmutar hacia la posición jerárquica que deviene de la ausencia del padre, el hijo acepta que hay algo más que veía en él, algo que no tenía que ver necesariamente con el respeto y la devoción que le tenía, sino con el amor que le hubiera querido expresar. Las muestras de cariño son mínimas, la libre manifestación de emociones esta coartada por la propia masculinidad que no permite ver dentro de lo más íntimo de los hombres, salvo en el ejercicio reflexivo que hace el hijo. Al padre no lo conocemos más, nos quedamos con una idea parcial de la manera en cómo pudo haber sido, sin tener una mirada más esencial, más profunda, más humana. Y es que al final esa deshumanización promovida por una masculinidad a la que no le interesa el individuo tanto como las acciones que se ejerzan para promoverlo, termina por formar a hombres solitarios, abandonados por los otros, y lo que es peor, por ellos mismos.

Luis Alfonso hijo es sincero, nos habla desde su masculinidad y, también, desde el reproche hacia ella. Nos ofrece pequeñas pinceladas que revelan su verdadera personalidad, una que está alejada de las exigencias que buscan encausarlo hacia los pasos de su padre y que confiesan lo que verdaderamente espera de una relación afectiva. Ahí donde no hay espacio para la ternura, el hijo busca a su padre en el espejo, como si la similitud pudiera tener la capacidad de compensar el tiempo perdido, como si al parecerse encontrara sentido a ser tan hombre como él.

[...] la voluntad de dominación, de explotación o de opresión se ha apoyado en el temor «viril» de excluirse del mundo de los «hombres»

<sup>4</sup> Rita Segato, *Contra-pedagogías de la crueldad*, p. 12.

<sup>5</sup> Vicens, *op. cit.*, pp. 152-153.

fuertes, de los llamados a veces «duros» porque son duros respecto a su propio sufrimiento y sobre todo respecto al sufrimiento de los demás [...] la virilidad es un concepto eminentemente relacional construido ante y para los restantes hombres y contra la feminidad, en una especie de miedo de lo femenino, y en primer lugar en sí mismo.<sup>6</sup>

Esto nos lleva a la novela *Alexis o el tratado del inútil combate*, donde el protagonista confiesa a su esposa, entre otras cosas, su homosexualidad. Lo hace de manera indirecta, pues Alexis cree pertinente establecer una relación de empatía, desde las anécdotas infantiles hasta el momento en que conoce a María, antes de revelar el secreto que lo acongoja. Él entiende, al igual que Luis Alfonso hijo, que algo de su pasado lo hace sufrir. Ese algo, de nuevo, es la masculinidad que se ha impuesto sobre los hombres, solo que Alexis, al no sentirse capaz de seguir por esa senda marcada por las convenciones sociales, renuncia a aquello que lo mantenía atado. La despedida es dolorosa pero inevitable. Él mismo siente que ha caído en el terreno de las apariencias y por primera vez en mucho tiempo, reconoce que su identidad había sido forzada a cumplir ciertas pautas con María. Al final, en un ejercicio de introspección, el protagonista decide acabar con su matrimonio sin que por ello deje de haber resistencia al cambio intrapersonal.

Sé que hay nombres para todas las enfermedades y aquello de lo que quiero hablarte pasa por ser una enfermedad. Yo mismo lo creía sí durante mucho tiempo. Pero no soy médico y ni siquiera estoy seguro de ser un enfermo.<sup>7</sup>

Alexis está solo en su sufrimiento, se concibe a sí mismo como una «enfermedad» que sale de todo orden establecido. Su infancia transcurre en silencio, resguardada de toda exaltación, de una sensibilidad que encuentra en la música y que solo ahí puede ser expresada. Pero la música no pone en palabras la realidad del protagonista sino que fomenta la am-

bigüedad de sus razones por esconderse, por permanecer apartado de la sociedad. En este sentido podemos decir que Alexis se convierte, desde muy chico, en un ermitaño que encubre esa «enfermedad» y que cobra relevancia al momento de llegar a instancias que involucran la unión con María. Podemos entender, por esto y por eventos del pasado, su forma tan oscura de revelar la verdad.

La forma especial de dominación simbólica que sufren los homosexuales, afectados por un estigma que, a diferencia del color de la piel o de la feminidad, puede estar oculto (o exhibido), se impone a través de los actos colectivos de categorización [...] se le recomienda explícitamente la «discreción» o el disimulo que habitualmente se ve obligado a imponerse.<sup>8</sup>

Esto termina de explicar el silencio, el por qué Alexis cumple con la marcada imposición masculina mientras sufre en secreto ante la posibilidad de que, rechazado por su orientación sexual, se le aparte de la cofradía masculina antes mencionada, pero también se le violenta de manera categórica. Por eso es más fácil para él considerarse enfermo, pues la masculinidad hegemónica no admite que exista un tipo de hombre que rechace o evada los términos pactados.

El modelo masculino es claro y Alexis pretende parecer «normal» persiguiendo, como otros, una forma de ser que no lo constituye. Sin embargo, actúa en la oscuridad, a la sombra de todo aquello que rechaza o aparenta rechazar, para acudir al encuentro de lo inevitable. De esta forma es como se instaaura en él la culpa y el deseo de dejar de existir. El suicidio es contemplado como una posibilidad o una cura al sufrimiento de no poder ser lo que se espera de él. Es ahí cuando el daño que causa la masculinidad llega a su máxima expresión.

Soporté la obsesión del suicidio y otras peores todavía. En los objetos más humildes, ya no veía más que el instrumento de una destrucción posible. Me daban miedo las telas porque se pueden anudar, la punta de las tijeras y sobre

<sup>6</sup> Bourdieu, *op. cit.*, p. 41.

<sup>7</sup> Marguerite Yourcenar, *Alexis o el tratado del inútil combate*, p. 15.

<sup>8</sup> Bourdieu, *op. cit.*, p. 85.

todo los objetos cortantes. Aquellas formas brutales de liberación eran una tentación para mí y tenía que poner un candado entre mi demencia y yo.<sup>9</sup>

El tema de dominación se vuelve relevante en esta obra pues, a diferencia de Luis Alfonso hijo, Alexis escapa de una posición que lo ubica como un actor dominante. Pensemos también que Alexis no tuvo la misma convivencia con su padre, fue criado por mujeres y de ellas no recibió las mismas exigencias que pudieron haber formado a un patriarca en la familia. En cambio, las dinámicas de la masculinidad fueron instauradas de manera externa, es decir, a partir de la convivencia con el otro en sus diferentes etapas.

Antes hablé del repudio a lo que la masculinidad considera como características femeninas o exclusivas de lo femenino. En este caso, Alexis reconoce esta situación que coloca a la mujer en una posición de desventaja pero también comprende que hay cosas que se les permite expresar. En este sentido, la posibilidad de expresarse abiertamente se vuelve parte de su condición como mujeres, algo que él ejerce en el momento de escribir la carta, pero que antes se limitaba a solo pensarlo. Se reusaba a hablar con esa claridad pues comprende que, bajo los criterios masculinos, expresar con libertad tus emociones te convierte en un ser vulnerable.

Aceptar la homosexualidad abiertamente en estos términos es, quizá, peor que el hecho de ser mujer pues, bajo los principios de dominación establecidos, se entiende como una renuncia a un privilegio. El individuo está eligiendo ser dominado. El precio por la renuncia de aquello que se entiende como una lucha que posiciona a los hombres en una jerarquía privilegiada convierte al homosexual en una especie de traidor a la norma masculina. Por eso, todo aquello que de pronto rompe el pacto debe de ser atacado. Un hombre que ha confesado abiertamente su homosexualidad revela la posibilidad de que los demás puedan llegar a aceptar una orientación sexual que los coloque en la tan temida zona de vulnerabilidad.

[...] la peor humillación para un hombre consista en verse convertido en mujer. [...] especialmente a través de la humillación sexual, las chanzas sobre su virilidad, las acusaciones de homosexualidad, etc., o, más sencillamente, la necesidad de comportarse como si fueran mujeres.<sup>10</sup>

En realidad Alexis no tiene muchas opciones. Al igual que Luis Alfonso hijo, está obligado a aceptar una serie de normas que socavan su libertad y lo devuelven de nuevo a la lucha. Un combate que, como dicta el título, es inútil, pues se trata de un sabotaje a la individualidad. Es la lucha en contra de nuestra percepción de las cosas y del pensamiento crítico. En pocas palabras, es la lucha contra aquello que busca matar en nosotros, lo que nosotros mismos intuimos como nuestro.

## Fuentes

Bourdieu, Pierre, *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona, 2000. Segato, Rita, *Contra-pedagogías de la crueldad*, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2018. Vicens, Josefina, *Los años falsos*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2022. Yourcenar, Marguerite, *Alexis o el tratado del inútil combate*, Alfaguara, Madrid, 1977.

<sup>9</sup> Yourcenar, *op. cit.*, p. 35.

<sup>10</sup> Bourdieu, *op. cit.*, p. 19.